

der que está abierta para todos y que no está cerrada para nadie. En la antigua Roma la puerta triunfal estaba regada con sangre y lágrimas; en la Roma cristiana, la Puerta Santa es lavada con el agua bendita. Y el cristiano comprende que la purificación de su corazón, por sus lágrimas de arrepentimiento, por la sangre adorable de Jesucristo vertida sobre su alma en el tribunal de la reconciliación y en la mesa eucarística, es la condición indispensable de su entrada al camino del cielo, del cual es principio la Puerta Santa. En los cuatro extremos de la ciudad se abren simultáneamente las cuatro grandes basílicas: sus puertas santas caen desplomadas al golpe del martillo de los pontífices. ¿Podrá Roma valerse de una ceremonia más elocuente, para decir que, reina y madre del mundo, llama á su seno á todos los hombres dispersos por los cuatro vientos? ¿No les invita ella con igual amor á beber el inagotable tesoro de gracia y de misericordia, que se abre para ellos sin distinción de pueblos ni de tribus? 1

Retiramos la vista de la Puerta Santa, y entonces se detuvieron nuestras miradas sobre la magnífica columna acanalada de mármol blanco que se levanta delante de la fachada de Santa María la Mayor. Este antiguo adorno del templo de la Paz en el Forum, fué llevado á aquel lugar por el papa Paulo V, que lo colocó con una estatua de la Santa Virgen. En la base está una inscripción, cuyo final es el siguiente:

PAX UNDE VERA EST
CONSECRAVIT VIRGINI.

«La consagró á la Virgen, fuente de la verdadera paz.»

Así como el obelisco de Augusto, colocado cerca de la basílica, canta la gloria

1 *Trattato del Giubileo*, dal P. Quarti, página 56.

del Niño Dios, la blanca columna de Forum proclama las prerogativas de la dulce Virgen su Madre. Podría llamarse una lira pulsada por las manos de los ángeles. Oigamos sus acordes:

IMPURA FALSI TEMPLA
QUONDAM NOMINIS
JUBENTE INOERTA
SUSTINEBAM CÆSARE
NUNC LÆTA VERI
PERFERENS MATREM DEI
TE PAULE NULLIS
OBTACEBO SECLIS.

«En otro tiempo, por orden de César, yo servía tristemente de apoyo á los templos impuros de una falsa divinidad; ahora, gozosa de sostener á la Madre del verdadero Dios, yo cantaré, ¡oh Pablo! tu gloria á todos los siglos.»

Luego manifiesta su alegría dando á conocer la excelencia de la augusta Virgen:

IGNIS COLUMNA
PRÆTULIT LUMEN PIIS
DESEATA NOCTV
VT YERMEARENT INVIA
SECVRAD ACRES
HÆC RECLUDIT IGNEAS
MONSTRANTE AB ALTA SEDE
CALLEM VIRGINE.

«La columna de fuego, brillante de luz, precedió á los justos, á fin de que pudiesen salvar el peso nocturno del desierto: ella conduce á la ciudad misma de la luz á una Virgen que enseña el camino para las alturas celestiales.»

¡Honor á los pontífices romanos que han sabido con poético lenguaje celebrar tan magníficas analogías! ¡Honor á Roma, cuyos monumentos todos llevan grabados en el bronce y en el mármol los dogmas inmortales del cristiano!

No dejaré á Santa María la Mayor sin

llamar un último recuerdo. Todas las noches, algunas horas después del *Ave María*, cuando Roma se duerme con su habitual calma, oís bajar del Monte Esquilino el sonido penetrante de una campana que suena á todo vuelo. No es este sonido el toque de la queda ó silencio, es un acto de gratitud y de previsora caridad. Hace, no sé cuántos siglos, un viajero sorprendido durante la noche, se extravió en el campo romano. Temiendo caer en alguna de las numerosas aberturas que elevándose desde las profundidades de las catacumbas, rompen la superficie del suelo, el peregrino no se atreve á dar un paso; encomienda su alma á Dios y se resuelve á pasar la noche, y tal vez á morir, en medio del silencioso desierto. El día siguiente, era día consagrado á la Santísima Virgen. Con ocasión de la fiesta, sonaron las campanas en Santa María la Mayor; oyese su sonido, se orienta el viajero y vuelve á tomar su camino, escapando milagrosamente del peligro. En reconocimiento de esto, estableció una fundación perpetua, para que todas las noches se sonara la campana libertadora en favor de aquellos que corrian igual suerte.

Siguiendo nuestra excursión por el lado de Santa Cruz en Jerusalem, saludamos al paso los nombres y las célebres ruinas de los monumentos, de que se halla cubierta esa quinta región de la antigua Roma. A la izquierda y en ángulo formado por las murallas de la ciudad, se ven los restos del *Vivarium*, inmensa hospedería de forma cuadrangular, en donde se depositaba una parte de los innumerables animales destinados á los juegos públicos. Siguiendo por el lado del acueducto de Claudio, se encontraban los jardines y el circo de Helio; cerca de los hermosos jardines de Palanto, el célebre liberto de Claudio. En esos mismos lugares se levantaban multitud de bosquecillos sagrados: los más co-

nocidos eran el *Lucus querquetulanus*, guardado por las ninfas; el *Lucus fagutalis*, consagrado á Júpiter; el *Nemus* de Cayo y Lucio. A orillas de este último se elevaba el anfiteatro preparado por Augusto y que sirvió á Tito para comenzar los sangrientos juegos que abrieron su reinado. (1) Entre las iglesias de Santa Bibiana y de San Eusebio, sobre el camino que conduce de Santa María la Mayor á Santa Cruz en Jerusalem, se encuentra el primer castillo del *Agua Claudia*. Está coronado por dos arcos de ladrillo, en los cuales se encontraban los célebres trofeos de Mario; tal es por lo menos la opinión de muchos anticuarios (2). Venían en seguida los suntuosos jardines de Mecenas; aquellos lugares de delicias se extendían desde el punto en que se encuentra hoy la iglesia de San Martín *de Monti* hasta más allá de la iglesia de San Antonio (3). Aquí estaba, según la opinión común, la famosa torre desde cuya altura contempló Nerón el incendio de Roma, declamando los versos que él había compuesto sobre el incendio de Troya [4]. En las cercanías veíanse la casa de Virgilio y los jardines *Lamiani*, morada habitual y sepulcro de Calígula [5]. Antes de que el favorito de Augusto, inventor de los baños calientes, hubiese hecho de ellos la moda de la voluptuosidad, ese vasto terreno servía, al menos en parte, para sepulcro del pueblo bajo y de los esclavos. Allí se encontraba el *Vicus ustrinus*, llamado así por la ho-

(1) Alii vero extra in nemore Caii et Lucii, ubi Augustus ad hoc ipsum terram effoderat; ibi enim primo die ludas gladiatorius, coedesque balluarum facta est, etc. *Dio in Tit.*

(2) Nardini, lib. IV, c. II, pág. 140.

(3) Fuerunt in Esquilis, latissimoque ambita á templo circiter San Martini in montibus orientem versus, ultra San Antonii ædem porcessero. *Donat.*

(4) Horat., od. 28, lib. III Nardini, pág. 142

(5) Sueton., c. 59.

guera pública en que se quemaban los cáveres.

A los monumentos de la crueldad y de la voluptuosidad se reunían, en aquella parte de Roma, un gran número de templos de ídolos, escuelas públicas de iniquidades. Estaban entre otros, los templos de *Minerva médica*, de Castor, de Apolo, de Mercurio, de Marte, de Serapis, de Proserpina, del Miedo, de Vénus y de Cupido. ¿Por qué, pregunto, el sentimiento religioso, tan vivo y tan profundo entre los romanos, llegó á pervertirse por el paganismo, hasta el punto de que el viajero no pueda dar un paso en la vieja Roma sin sumergir los piés en sangre y lodo? Yo no lo sé; pero me parece que el alma, oprimida por tantos recuerdos, experimenta allí, más que en otra parte, la necesidad de un punto de apoyo, y este punto de apoyo no lo puede encontrar más que en un monumento expiatorio, es decir, en un edificio cristiano. Por eso, ¡cuán libremente respiramos al descubrir las torres de Santa Cruz en Jerusalem!

La venerable basílica está edificada al extremo del monte Esquilino, entre un templo de Vénus y el anfiteatro *Castrense*. ¿Podía elegirse lugar más conveniente? Los instrumentos sangrientos de la muerte de un Dios, descansando sobre una tierra empapada hasta sus profundidades por crueldades é infamias seculares, ¿no forman un contraste conmovedor, ó por mejor decir, una magnífica armonía? Vengamos á la historia del augusto monumento.

Habiendo visto Constantino en sueños la cruz del Salvador, había hecho formar el *Labarum*, maravilloso estandarte que llevaba la cifra del Cristo, con estas palabras reveladas por divisa: *In hoc signo vinces*. «Por este signo vencerás.» Los acontecimientos justificaron la predicción. Vencedor de Maxencio y señor de Roma, el nuevo Augusto quiso dar á la Cruz los

hombres que le eran debidos. Santa Elena, su madre, partió para Jerusalem, descubrió la verdadera Cruz y volvió á Roma, llevando consigo una parte considerable de aquel rico tesoro, así como muchas otras reliquias insignes cuyos pormenores daremos muy pronto. Con el fin de recibir tan precioso depósito, se construyó una iglesia á expensas del emperador y que fué consagrada por el papa San Silvestre: esta iglesia es la augusta basílica de Santa Cruz en Jerusalem. En la historia se la llama sucesivamente basílica *Sessoriana*, á causa del palacio *Sessoriano* del cual es sucesora; basílica *Eleniana*, en memoria de la madre de Constantino; y por fin Santa Cruz en Jerusalem. Hé aquí el origen y sentido de este último nombre. Santa Elena trajo con la Cruz una gran cantidad de la tierra del Calvario mojada con la sangre del Redentor; con ella llenó desde el suelo hasta la bóveda, el oratorio particular en que fueron depositadas las santas reliquias, y de aquí le viene á la capilla y á la iglesia misma el nombre de Jerusalem.

Así como había enriquecido á San Juan de Letran, el César cristiano desplegó su magnificencia imperial en favor de la nueva basílica. Entre los ricos presentes con que la rindió homenaje, distinguimos: cuatro candeleros de oro y de plata, según el número de los Evangelistas, encendidos día y noche ante el madero de la cruz, y que pesan cada uno treinta libras; cincuenta lámparas de plata con peso cada una de cincuenta libras; una cañuela de oro purísimo que pesa diez libras; cinco cálices ministeriales de oro, con peso de una libra cada uno; tres cañuelas de plata de á ocho libras; otras diez de plata de á dos libras; una pantalla de oro de diez libras; una de plata enriquecida con oro y pedrería, de cincuenta libras; un altar de oro macizo, doscientas cincuenta libras. Todas estas riquezas, así como las de San

Juan de Letran, han desaparecido en los diferentes saqueos de Roma. La iglesia misma, restaurada por San Gregorio II y por Lucio II, fué de nuevo reparada en el siglo XV por el cardenal Pedro de Mendoza, que era titular de ella.

Entonces sucedió el descubrimiento memorable que vamos á referir, sirviéndonos de las propias palabras de un testigo ocular. «El día 1.º de Febrero del año 1492, fué para Roma un día de milagro. Cuando el cardenal Mendoza hacia blanquear é incrustar á sus expensas las paredes de Santa Cruz en Jerusalem, los obreros tocaron al vértice del arco levantado en medio de la iglesia, y que se eleva hasta el techo. Llegados al lugar en que hoy se encuentran todavía dos pequeñas columnas, hallaron un vacío; habiéndole horadado, encontraron en él una pequeña ventana, sobre la cual estaba una caja de plomo de dos palmos de longitud, perfectamente cerrada: estaba cubierta con una losa de mármol cuadrangular, sobre la cual se leían estas palabras: *Hic est titulus veræ crucis*. «Este es el título de la verdadera cruz.» En la caja se halló efectivamente una pequeña plancha de un palmo de longitud, y que tenía un lado carcomido por el tiempo. Sobre esta plancha estaban grabadas y pintadas con color rojo, las palabras siguientes: *Hiesus Iudæorum Nazarenus rex*; pero la palabra *Iudæorum* no estaba entera, le faltaban las dos últimas letras; porque como digo, la plancha estaba destruida en un lado por el tiempo. A la noticia del descubrimiento, casi toda la ciudad acudió á Santa Cruz. El papa Inocencio fué en persona, y mandó que se dejara el título en la caja en que estaba, permitiendo solamente que se expusiera bajo una vidriera, en el altar mayor, el día de la fiesta de la basílica. Nadie dudó de que aquel fuese el verdadero título que Pilatos colocó sobre la

cruz de Nuestro Señor Jesucristo, y de que, según antigua costumbre, Santa Elena lo había depositado en aquel lugar elevado, cuando se construyó la iglesia» 1.

Tal es el primer tesoro espiritual que posee Santa Cruz en Jerusalem; no es el único. Sobre el altar mayor está una tumba de basalto, en que descansan los cuerpos de San Cesáreo y de San Anastasio, en la capilla subterránea, dedicada á la santa emperatriz, se conserva todavía una gran parte de la verdadera cruz; dos espinas de la corona de Nuestro Señor, uno de los clavos con que fué clavado á la cruz, una parte de la cuerda con que fué atado á la columna, y otra de la esponja empapada en hiel que se le presentó. Bajo el pavimento restablecido por Eugenio IV, están un gran número de piedras traídas del Calvario. Al rededor del Rey de los Mártires se ven reunidos, como en una corte de sangre, legiones enteras de héroes que gozan ahora de la gloria de su jefe, después de haber participado con él de sus combates. Pedro, Pablo, Bartolomé, Simon, Fabian, Sebastian, Hipólito, Agapito, Felicitas, Epifanio, Crisógono, Dionisio, Anastasio, Pudenciana, Inés, Eufemia, Lorenzo, Gordiano, Jacobo, hermano del Señor, Urbano, Sixto, Cosme, Damian, Sabino, Régulo, Nereo, Hermes, Benito, Hilarion, Isabel, Juliana, Felícola, Catarina, Margarita; tales son, con otros muchos, los nombres escritos sobre todos aquellos restos ilustres que os rodean, y que adornan en aquel santuario al Dios crucificado. Si cuando entramos al palacio de un rey, ó á un senado compuesto de hombres como nosotros, un gran respeto penetra involuntariamente nuestra alma, ¿puede uno dejar de sentir ese

1 Steph. Infessura, apud Ciampini, t. III, p. 119.—*Bened. XIV, de Festis*, p. 197.

arrobamiento religioso mezclado de un profundo respeto, en medio de tal asamblea?

12 DE DICIEMBRE.

Bosques sagrados.—Templos paganos.—Ninfeas.—Campo Pretoriano.—Recuerdos de Neron y de Caracalla.—Baños de Diocleciano.—Santa María de los Angeles.—Mártires.—Capuchinos de la Concepcion.—Cementerio.—El venerable Crispino de Viterbo.

El tiempo era magnífico, y el frío excesivo para Roma. Aprovechando este doble favor, volvimos á emprender nuestra excursion en el cuartel comenzado, dejando á la derecha la parte visitada la víspera, recorrimos los sitios y las ruinas que la separan del recinto de las murallas. Desde la puerta *Salaria* hasta la puerta *Mayor*, ¡qué de recuerdos! ¡qué de impresiones! Cada sinuosidad del terreno, cada piedra, tiene un hecho que referirnos: la vista, la memoria, el corazón, no pueden sufrirlas impasiblemente. Debimos limitarnos á los puntos culminantes del cuadro. Remontándonos á los orígenes de Roma, nos acordamos del *Lucus Paestinus*, en donde fué juzgado Manlio, el defensor del Capitolio 1.

No léjos estaban los templos de Vénus Erycina y de Júpiter Viminal, tan famosos por las inauditas abominaciones que allí se cometían; los templos de Hércules, del Honor, del Sol, y el bosque sagrado de Laverna, la diosa de los ladrones. Pa-

1 In campo Martio quum centuriatim populus citaretur, et reus ad Capitolium manus tendens ab hominibus ad deos preces avertisset, appamit tribunis, nisi oculos quoque hominum liberassent a tauti memoria decoris, nunquam fore in præoccupatis beneficio animis vero crimine locum. Ita producta die in Paestium lacum extra portam Flumentemam, unde conspectus in Capitolium non esset, concilium populi indictam est. Tit. Liv.

ra tantos crímenes, era necesaria una expiacion. Así, no léjos de aquellos lugares, se eleva el *clivus cucumeris*, la cuesta del co-hombro, regado con la sangre de infinidad de mártires 1. Los anticuarios colocan por aquellos lugares, el *nymphæum*, de Alejandro Severo. Figurémonos un edificio de mármol, rodeado de bosquecillos de mirtos y naranjos, y acompañado de numerosos pórticos en que el lujo ha prodigado el oro, la pintura, y todo lo que puede halagar á los sentidos; allí una multitud de cascadas de agua, formando los dibujos más variados, y cayendo en dulce murmullo en grandes recipientes de pórfido ó de alabastro; luego á los voluptuosos romanos, paseando su molicie bajo aquellas frescas sombras; pasando los días en el baño, ó entregándose á todos los excesos del sybaritismo más refinado; y con todo esto, tendremos una idea de los *nymphæa* tan numerosos en la ciudad de los Césares 2.

Pero hé aquí otras muchas ruinas: pisamos el sitio del campo Pretoriano. Hecho emperador Augusto, se nombró una guardia. Fueron elegidas nueve cohortes en el ejército para velar por la seguridad del príncipe y la tranquilidad de la capital; más tarde, su número creció hasta diez y siete. Alojados desde luego en casas particulares, estos soldados elegidos, fueron reunidos por Tiberio en un campo establecido cerca de las murallas, entre las puertas Viminal y Tiburtina: tal es el campo Pretoriano, tan célebre en la historia. El jefe de estas guardias del cuerpo, ó más bien de aquellos temibles genizaros y amotinadores, tenía el título de prefecto del pretorio. Al visitar aquellas ruinas ¡qué de personajes, qué de hechos se presentan á vuestra vista! Se cree oír lo

1 Martyrol. 17 de Junio, y 8 de Agosto

2 Nardini, *Roma antica*, lib. IV, c. IV, página 155.

clamores que espantaron á Neron, cuando, traicionando, perdido ya, huía de Roma, acompañado solo de cuatro esclavos, en cuyo número estaba Sporus. Asesino de su madre, verdugo de Pedro y de Pablo, todavía ayer era Neron señor del mundo. La hora de la justicia divina ha sonado; hoy, héle ahí con los pies desnudos, vestido con una simple túnica, y un viejo manto, cubierta la cabeza, y el rostro oculto con un pañuelo, montado sobre un mal caballo y buscando un asilo en la villa de Phaon su liberto. Esta villa está á cuatro millas de Roma, entre la Vía Salaria y la Vía Nomentana. Para llegar á ella, es preciso salvar los muros del campo; repentinamente, la tierra tiembla, el rayo estalla y queda descubierto el fugitivo; oye desde allí las vociferaciones de los pretorianos que exclaman: «Muerte á Neron, victoria á Galba.» 1 Algunas horas más y esta sentencia será ejecutada. Diremos de paso, que la villa ó casa de Phaon, en donde aquel monstruoso emperador se hizo degollar, estaba situada un poco más allá de la iglesia actual de Santa Inés, en el lugar llamado *la Serpentera* 2.

Se encuentra en seguida, en medio del campo, el lugar del pequeño templo en

1 Tranquill, *in Neron*.

2 Se trata tan á menudo en la historia del prefecto del pretorio, que es útil darlo á conocer. Su poder era muy extenso; en el orden militar era casi el jefe superior del ejército; en el orden civil, gozaba de una jurisdicción muy amplia. A veces se podía decir que era más señor que el emperador. Bajo Cómodo, hubo dos prefectos del pretorio, y cuatro bajo Diocleciano. Constantino los conservó, pero los redujo al poder civil. Cada uno de ellos tenía que gobernar una cuarta parte del imperio, dividido en cuatro prefecturas. El primero llamado *praefectus pretorio Galliarum*, tenía bajo su gobierno las Galias, la España, la Bretaña, la Germania; el segundo, *praefectus pretorio Italiae*, la Italia y el África; el tercero, *praefectus pretorio Illyrici*, la Grecia, la Francia, la Pannonia, la Mesia, la Dalmacia; el cuarto, *praefectus pretorio Orientis*, todo el Oriente, es decir, todas las provincias de Ultramar.

donde se adoraban los dioses del ejército, en el cual Caracalla mató á su hermano Geta en los brazos de su propia madre 1. Más tarde se ve á los pretorianos señalando un día para poner á pública subasta el imperio, y buscando compradores. Por fin, el silencio de la tumba sucede al tumulto y á las vociferaciones, en la morada dos veces secular de las cohortes pretorianas. Esta milicia sediciosa, fué abolida por Constantino despues de la derrota de Maxencio á quien el pretorio le habia saludado emperador.

A la sombra de Burchus y de Sejan, sucedió otra sombra repugnante y sangrienta; mirábamos las ruinas gigantescas de los Baños de Diocleciano. *Los romanos edificaban baños, como si fuesen provincias*, tal es el grito de admiracion que arrancaba á la historia la vista del edificio de que hablamos. Diocleciano y Maximiano, queriendo exceder á sus predecesores, resolvieron edificar baños de una magnificencia incomparable, y lo consiguieron. Sus baños formaban un inmenso cuadrado de mil setenta y nueve piés por cada lado. En sus cuatro ángulos estaban otras tantas salas circulares que servían de *calidarium* ó recipiente de agua caliente. Una de ellas subsiste todavía; es la vasta rotonda que sirve de iglesia á los Bernardinos. El edificio mismo era todo lo que la imaginacion puede concebir de más maravilloso. Allí se veían pórticos, forum, jardines suspensos, bosquecillos, innumerables caídas de agua, salas de recibir, escuelas para los retadores y los filósofos, la famosa biblioteca Ulpiana que Diocleciano mandó trasportar allí del forum de Trajano 2.

Los baños contaban más de tres mil salas de baño, en las que podían bañarse al

1 Onuph. Panvin, pág. 23.

2 Vopisc, *in Prob*.